

## Reflexiones sobre el rock

por Raúl Forlán Lamarque

**Clase B.** Para la mayoría de los intelectuales uruguayos, obsesivamente teñidos de una surestada prudente y sorda, los jóvenes ligados a acentos estéticos provenientes del rock anglosajón emergen a la consideración pública como ciudadanos de segunda o *clase B*, utilizando la ya perimida calificación de la dictadura. Habría que estudiar, inicialmente, y antes de arrojar el misil, cuáles son los motores que determinan la transculturación. ¿Usted se lo ha preguntado, o escribe por escribir?

**Violencia.** También se ha vinculado, en la intencionalidad de ese discurso casi oscura y tardíamente censor, al rock con la violencia. Demasiado escolar, pero a la vez revelador de todo un código computarizado de actitudes que, epidérmicamente, promete una suerte de nación mitómana que sueña hacia atrás. El rock, desde Bob Dylan pasando por los *Clash*, Bruce Springsteen, hasta las inquietantes sonoridades vanguardistas de Laurie Anderson y Brian Eno, ha sido la declaración más fecunda de autoexigencia estética; pero, asimismo, de vital, liberadora lucha contra cualquier síntoma de violencia. ¿No lo prueba la *Band Aid* —creada por el candidato a Premio Nobel de la Paz, Bob Geldoff— recaudando fondos para los países hambrientos del África? ¿No lo confirma el disco *Sun City* —idea y realización del guitarrista Steve Van Zandt junto a decenas de músicos, entre ellos los latinoamericanos Rubén Blades y Ray Barreto— que clama por el cese de la represión en Sudáfrica?

Violencia —y dejemos de ser

*El rock, no como fenómeno exclusivamente musical sino cultural, plantea a adeptos y detractores, un vasto campo de percepciones, a veces confusas. Raúl Forlán Lamarque nos entrega hoy un primer aporte para discutir y aclarar el tema.*

camaleones promoviendo irresponsablemente la adulteración de diagnósticos— es la miseria que hay en este país. Violencia, en todo caso, es la ya demorada aparición en escena de ese concepto, a nivel de hueso, que es la justicia. El rock no sobrevuela la violencia. La denuncia.

**Clase dominante.** El periodista César Mautone ha declarado, para el programa *Ahora es Tiempo* de Emisora del Palacio, que “esos jóvenes que hacen rock pertenecen a las clases pudientes, son hijos de empresarios, y mañana, esos jóvenes serán los que dirigirán las empresas de sus padres y los que reprimirán a los trabajadores”. ¿Es necesario responder? ¿Sí? Bien. Se trata, entonces, de que Mautone —en tono profético de Jimmy Swaggart— falsea nuevamente los datos que arroja lo que algún desorientado, ha denominado *la realidad* (“*Las realidades son muchas*”, dijo Cortázar). Los adolescentes rockeros —insolentes, amaneciendo recién al quehacer artístico, y prácticamente indefensos ante la estridencia de la intelectualidad gerontocrática— que se inscriben en el área del llamado *rock nacional*, pertenecen tanto a la clase pudiente, como a la media y a la trabajadora, con tilde en esta última. ¿Acaso —y hay testigos que no dejan lugar a dudas— el grupo *Los Traidores*, para cumplir con sus

actuaciones, no debe pedir prestados sus instrumentos? Basta, por favor, de dialéctica bastarda. Dice un proverbio indio, que siempre lleva en su poncho el maestro Atahualpa Yupanqui: “*Cuando hables, procura que tus palabras sean más bellas que el silencio*”.

**Identidad.** El rock, según los analistas de café, niega la identidad de los uruguayos, y también, irrumpe en el contexto como una demostración más de dependencia. Patología tristemente shakespeariana: *ser o no ser*. Pero los uruguayos, reaccionarios y progresistas, camuflados e indiferentes, formales y nihilistas, impertinentes y horoscopistas, ¿alguna vez fuimos? En fin, desde la victoria de Maracanã a la fecha, la *charruidad* —esto es la presunta, mágica garra charrúa— es un insobornable analgésico contra las crisis de identidad. Y cuando no funciona la garra —véase la sintaxis del pensamiento uruguayo— la culpa la tienen los jóvenes indecentes, provocadores del desorden; o si no, el árbitro que no cobró un penal cantado.

**Colonización.** Así es. Las raíces están siendo permanentemente “colonizadas”, y un riff de guitarra eléctrica o el fondo armónico de un sintetizador, puede llevar a cabo un desmoronamiento constitucional. Pero, las raíces, luego de un incesante ventarrón de 12 almanaques, trasplantaron su sitio de acción, se divorciaron de la Cruz del Sur, dijeron basta de *tanguedad* —al menos en la nueva promoción de jóvenes atentos al itinerario de la cultura— y salieron al aire democrático pensando que la colonización, en todo caso, había nacido muchísimo antes de que Colón, en 1492, fuese descubierto por un continente que le iba ganando espacio activo al océano y que, más tarde, irreverentemente, fue bautizado con el maravilloso apodo de América. ¿O es que aún no hemos comprendido definitivamente que, a izquierda y derecha del televisor, somos una cultura de aluvión?

**Xenofobia.** Decir *No* mecánica, arítmicamente —y lo sabemos todos— fomenta la contracultura. Y en consecuencia, permite subliminal y corrosivamente imponer una estética de la desesperación —al cerrarse los espacios de acción y al enfrentarse a una geografía seca de estímulos— que se recuesta en la innovación (no en todos los casos, por supuesto), desterrando facilismos y pasando por encima de tentativas obsoletas que no hacen otra cosa que compartimentar la cultura. De ahí, entonces, las rupturas enriquecedoras. El necesario parricidio que oxigena la contextualidad y que, por inevitable decantación, evita la superpoblación enajenante de mitos y superhéroes.

**Imperialismo.** Hay quienes, una vez sentados en el sillón del poder, se sienten dueños insoslayables de todas las biografías. Es el caso, por ejemplo, de Ronald Reagan. Y esta peculiaridad, que define estilísticamente de una agresividad pontificadora al presidente de ese gran supermercado que son los EE.UU., tiene una respuesta de doble rostro en la ciudadanía latinoamericana; 1) de aceptación sumisa; 2) de rechazo

tajante a todo lo que venga empaquetado en fonética inglesa. Los primeros tendrán su correspondiente respuesta histórica: la soledad y el olvido. (Consúltese, para este caso, *El otoño del patriarca* de García Márquez). Pero, los segundos, hundidos en un mar xenofóbico, maniatados por la militancia robotizante, están sufriendo de un patético daltonismo. Y pobre del pueblo o nación que confunda a Reagan con Faulkner o Ezra Pound, a la CIA con Lou Reed o John Cage, al Fondo Monetario Internacional con Woody Allen o John Cassavettes y al Pentágono con Andy Warhol. Debemos aprender a separar luces y penumbras, círculos y rectángulos.

**Crisis.** Desde que nacimos hemos estado en crisis. Y ha sido, desde sus inicios, el rock quien ha combatido persistentemente esa telaraña de residuos y despojos, que propone la crisis. ¿Saldremos de la crisis? Un desafío para el rock y para todo músculo que sienta que, la dignidad, no es dormir dentro de una cloaca.

**Video-clips.** Se ha dicho, una vez más y ligeramente, que el video-clip “es otra forma de penetración que ha adoptado el imperialismo yanqui”. Esto es mirarse al ombligo y temblar —miedo, en realidad— ante la aparición sorpresiva de un pulso estético renovador. Sí. Mark Knofler, líder de los *Dire Straits*, ha declarado que los clips minimizan, digamos, la imaginación del público. También lo ha dicho Bruce Springsteen, y asimismo, al sur del clip, lo ha ratificado Eduardo Darnauchans. Sin embargo, cuando ante la *stupid-box* (la TV, efectivamente) quedamos alelados a causa de un clip de *Dire Straits* o de los *Talking Heads* —por su prolijidad narrativa, por la precisa capacidad de síntesis cinematográfica— debemos entender, definitivamente, que la música ha obtenido, en términos de difusión, un aliado y no un enemigo. Es inevitable, cuando nos enfrentamos a un clip, no pensar en las removedoras aventuras dadaístas, en el pop-art o en las experiencias audiovisuales de los años '60.

**Rock vs. Canto Popular.** Alentar esta posible confrontación sería una suerte de alienación intelectual, y probablemente, también, una confesión de histeria. Dicho *versus*, canalizado a través de algunas publicaciones o programas radiales —nos regresa el nombre de César Mautone—, no existe. En todo caso, y como siempre, será el talento creador quien determine la fusión o separación de ambas corrientes. Mientras tanto, las canciones suenan en el aire.

Lo esencial, para finalizar esta primera aproximación a la cultura rock, es no revivir pasados y paisitos. Aprender a ser adultos; contener, sí, el pasado en nuestra memoria emotiva; pero sin recrearlo como una balada de falsa esperanza, sin dejar que se nos cuele en nuestro posible discurso. Debemos aprender a decir lo necesario. Y lo necesario es, quizás —o sin quizás— crear a partir de ese pasado. Reciclarlos, empezar de nuevo, y combatir a quienes nos proponen un modelo de país y un proyecto cultural basado en arquitecturas ideológicas que agonizan en su propio rostro de momia. Y decir, desde *Cánones*, con Francisco Urondo: “*Apenas por venir. Ni siquiera volver un poco: estaré de ida siempre. De ida miro, de ida caigo*”. De ida, hagamos.

mise/ Thick as a brick/ Minstrel in the gallery/ Life's a long song.

Hacer una recopilación musical de un grupo tan prolífico como *Jethro Tull* no es tarea muy simple. Más aún teniendo en cuenta las infinitas variaciones grupales por las que atravesó (y atraviesa) en lo que respecta a su integración. El carismático *alma mater* Ian Anderson cambia los músicos prácticamente de un disco a otro y, aunque sea en una pequeñísima medida, ello termina por alterar el sonido global del grupo.

Pese a todo ello, este *Original Masters* cumple bien con su función, en calidad y amplitud. De algunos de los discos más significativos de *Tull* se seleccionaron temas que pintan al grupo (o más bien, a Anderson) de cuerpo entero. Uno a uno, pasan temas de “*Living in the past*” hasta fragmentos de aquella biblia que se llamó “*Thick as a brick*”.

Hablar más de *Jethro Tull* a esta altura puede convertirse en una empresa lindante con la estupidez. Está esta recopilación que habla por sí sola, y bien.

F.S. ①



### Los mellizos son tres

DE AQUÍ A LOS DÍAS FUTUROS. THOMPSON TWINS. (Arista)

No te mezcles con el Dr. Sueño/ Acaríciame/ Días futuros/ Asesínaste al payaso/ Revolución/ Rey por un día/ El amor es la ley/ Las ropas del emperador/ Tokio/ Escape.

El grupo se llama *Thompson Twins*, lo que vendría a ser “Los mellizos Thompson”, pero no son un dúo sino un trío: Tom Bailey (voz, sintetizador, piano, contrabajo, guitarras, batería y programador Fairlight), Alannah Currie (percusión, percusión tonal, marimba, xilofón, batería acústica, voz) y Joe Leeway (emulator, Z-bass, congas, coros).

Se parecen sólo en el nombre a los británicos *Cocteau Twins*, más allegados a las

corrientes musicales de vanguardia. Aquí, con los Thompson, la intención última es producir música comercial para bailar despreocupadamente en discotecas, sin mayores vueltas.

El lado 1 de este *De aquí a los días futuros* comienza con cierto interés y lo mantiene a lo largo de 15 minutos, logrando sus puntos más rescatables en *Asesínaste al payaso* y *Acaríciame*, una balada melosamente “tecno”, en la que es preferible no saber inglés. Luego desentierran *Revolución*, de Lennon y McCartney, sin ningún motivo aparente y graban una destañada versión que no quita ni agrega nada a quien esperaba con cierta expectativa la llegada del surco anunciado en la carátula. Por supuesto, la versión original de los Beatles en el '68 sigue siendo varias veces mejor que este deslucido intento en el espejismo '86.

El lado 2 comienza con *Rey por un día*, el tema que el grupo eligió para realizar el video clip, bobo y sin imaginación, pasa sin pena ni gloria. De ahí en adelante la música cada vez se desinfla más, y el disco termina en su peor momento.

Fidel Sclavo ①